

## ANIVERSARIOS IGNACIANOS TRES JESUITAS SANTOS

David L. Fleming S.J.

**E**stamos celebrando este año, (oficialmente comienza con la conmemoración festiva de San Francisco Javier el 3 de diciembre del 2005, y termina con la misma fiesta del Santo en el 2006), lo que llamamos Aniversarios Ignacianos. San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, murió el 31 de julio de 1556. Ahora recordamos los 450 años desde su muerte. El más famoso de sus compañeros, San Francisco Javier, el *misionero* por excelencia, nació en 1506. Ahora conmemoramos los 500 años desde su nacimiento. Y el tercer compañero jesuita que celebramos, beato Pedro Fabro, (también conocido por su nombre francés, Pierre Favre), que, al igual que Javier, nació en 1556. Ahora conmemoramos también los 500 años desde su nacimiento.

Nos podemos preguntar cómo surgió esta conmemoración de Aniversarios Ignacianos, donde se unen muerte y nacimientos. Quizás porque los jesuitas son aficionados a las fiestas, y quieren invitar a toda la iglesia a unirse a esta celebración. También es posible que el P. Kolvenbach, Superior General de los Jesuitas, nos esté invitando a los jesuitas a proclamar nuestra identidad con esos tres miembros fundadores de la Compañía de Jesús. No puedo reclamar "nuestra propiedad" porque esos compañeros jesuitas pertenecen realmente a toda la Iglesia. Pero los jesuitas reclamamos una especial relación con ellos, como patronos y modelos, porque participamos como ellos de la misma gracia, del mismo carisma y de la misma inspiración.

Pero sigue siendo verdad que los Aniversarios Ignacianos no son exclusivos de nosotros, los jesuitas. Es por ello cierto que participamos en ellos de manera especial con aquellos que se sienten influidos por esos hombres, dentro y fuera de la Iglesia.

Al unir a estos tres hombres en una misma celebración se nos ofrecen muchas maneras de comparar y contrastar sus personalidades y características. Es fácil identificar a Ignacio como el líder, a Francisco Javier como el misionero, y a Pedro

Fabro como el "compañero tranquilo", como uno de sus biógrafos titula un libro de su vida. Podríamos calificar a Ignacio como hombre de oración, a Javier como evangelizador, y a Fabro como director espiritual. Pero teniendo en cuenta que compartieron habitación en la Universidad de París, quizás los podríamos agrupar como guardianes santos de la vida en los dormitorios de universitarios. Ignacio, que se ordenó sacerdote con 46 años, se podría considerar patrón de las vocaciones tardías, Fabro por su labor con los protestantes se podría identificar como un ecumenista de su tiempo. Javier, que recorrió el mundo, de España a París, a Roma, a la India, a las Molucas y el Japón, como el precursor del internacional, una persona que se identifica con todo el mundo. Con razón hay muchas maneras de encontrar, en estos tres jesuitas, ideales e inspiración.

Recordando ciertas ideas destacadas en la espiritualidad Ignaciana, vuelvo de nuevo a estos tres jesuitas. Porque pretendo usar los *Ejercicios Espirituales* como una lente, a través de la cual podamos considerar a cada uno de estos tres hombres. Ignacio de Loyola, autor de los *Ejercicios*, parece a veces que nos ha dejado su firma biográfica a lo largo de todo el libro. Por su parte, Ignacio pensaba que Fabro era el mejor de los compañeros para dar los *Ejercicios* a otras personas. Y Francisco Javier fue el último de los primitivos compañeros a quien Ignacio dio los *Ejercicios* ( y según se dice el más difícil para la tarea de dárselos). Pienso que contemplar a estos hombres a la luz de los *Ejercicios*, especialmente en su relación con Jesús, puede servirnos de ayuda en nuestra propia relación con Dios. Al considerar las experiencias de ellos, nos sentiremos más íntimamente movidos en nuestro aprecio y en nuestra identificación con la espiritualidad ignaciana, y, como jesuitas, en nuestra propia versión jesuita de ella.

### ***Ignacio y Dios Comunicador***

Ignacio tuvo su experiencia de Dios como Comunicador. Dios habla y Dios desea siempre dialogar con nosotros. Al comienzo de los *Ejercicios Espirituales* Ignacio nos ofrece un ejercicio llamado Principio y Fundamento. A primera vista parece una simple declaración sobre la manera de ser de Dios Creador, en quien creemos. Pero Ignacio deja claro que nosotros debemos entender la creación como una sucesión de dones de Dios. Dios nos presenta a nosotros, seres humanos, a toda la creación como dones que nos ayuden a conocer, y a corresponder con acción de gracias y amor,

al Dador de dones tan estimables. Dentro del texto del Principio y Fundamento Ignacio cambia deliberadamente desde una expresión humana generalizada— “el hombre”—en los dos primeros párrafos, a “nosotros” (que se refieren en concreto a nosotros), en los tres párrafos restantes. Es necesario que *nosotros* escojamos, entre los múltiples dones que se nos presentan, cuáles son más beneficiosos para conocer y corresponder a Dios. Nuestra respuesta es una parte esencial del diálogo comunicativo que Dios ha iniciado.

En el ejercicio final del libro de los *Ejercicios Espirituales*, Ignacio nos presenta dos notas previas al ejercicio llamado “Contemplación para alcanzar Amor”. Tratan de lo que significa amor. Ignacio quiere recordarnos dos aspectos importantes del amor. El primero es que los amantes quieren poner su amor más en obras que en palabras. Y luego añade un segundo matiz esencial. Los amantes quieren siempre hacer partícipes al otro de lo que ellos tienen, por ejemplo cosas valiosas, como anillos, o joyas, o viajes, o vacaciones, o quizás conocimientos o estima del teatro, baile, música. o arte. Sin embargo cuando San Ignacio escoge (en su segunda nota previa o presupuesto) una palabra para expresar lo que los amantes hacen, usa la palabra española “comunicar”. Incluye la connotación de contacto verbal con otra persona, dialogar. Los dones todos se orientan a hablar. Este aspecto esencial de darse encaja en concreto en lo que el mismo Principio y Fundamento implica.

Dios nos habla siempre en una manera encarnada. Todos los dones de la creación nos hablan de su amor, de su cuidado y preocupación. Jesús manifestó claramente una u otra vez, en su propia experiencia, cómo la creación le manifestaba, le hablaba, del amor del Padre. De hecho sus parábolas tomaban elementos de la vida humana ordinaria para manifestar la presencia y acción de Dios. Pero Jesús va más adelante cuando dice que para conocer a Dios debemos mirarle a Él. Como respuesta a Felipe que le dijo : “Muéstranos al Padre y esto nos basta”, Jesús le responde abiertamente “Quien me ve ha visto a mí, ha visto al Padre (Jn 14: 8-9)

Sugiero que demos un paso más adelante en nuestra reflexión. Es cosa ya clara en la moderna psicología que el lenguaje corporal es un lenguaje real para comunicarse. Dios habla también a través de ese lenguaje corporal. Dios se hizo hombre en Jesús para que nosotros podamos escuchar su lenguaje corporal y así saber algo más de Dios.

Para Ignacio esta comunicación de Dios es lo que da vida a su modo de contemplar los misterios evangélicos. Para Ignacio la contemplación quiere decir que miremos, oigamos y pensemos en todas las acciones, mientras oramos sobre los misterios del Evangelio, que son materia de nuestros tiempos de oración durante los Ejercicios. Más allá, más íntimamente, mientras que escuchamos las palabras de Jesús, transmitidas por los Evangelios, estamos siendo empapados del lenguaje corporal de Jesús, al mismo tiempo que se nos concede conocerlo más íntimamente. El aumento de nuestra intimidad con Jesús nos viene especialmente a través de nuestra atención al lenguaje corporal que Jesús nos manifiesta, al entregarnos nosotros imaginativamente a la contemplación..

Probablemente muchos de nosotros, que conocemos a San Ignacio a través de sus escritos, no le calificaríamos como escritor de estilo notable y atrayente. Pero la experiencia de los primeros compañeros y, más tarde, de los primeros jesuitas nos transmite la impresión de que Ignacio era un buen y eficaz comunicador. Era un líder por su manera de comunicarse. ¿De dónde procedía esa cualidad de comunicador?

*Ignacio se basaba en su conocimiento interno de Dios, como Comunicador, para vivir una espiritualidad que queda expresada en la palabra conversar*

Ignacio se basaba en su conocimiento interno de Dios, como Comunicador, para vivir una espiritualidad que queda expresada en la palabra *conversar*. Aunque esa palabra comprende cualquier trato con otros, y naturalmente la conversación, para Ignacio la palabra significaba una plenitud de connotaciones espirituales. Apunta a tres niveles de nuestra vida: 1) nuestro vivir con Dios—nuestros tiempos de oración propiamente dicha, y todos nuestros contactos con Dios, nuestra oración práctica; 2) nuestra vida con gente especial en nuestro vivir—nuestra oración en común, nuestra participación en la fe, y todo nuestro trabajo en común; 3) nuestra vida con las personas en general, durante nuestras ocupaciones diarias y nuestro ministerio— conversaciones diarias ocasionales, actividades profesionales, especialmente con motivo de los Sacramentos, en nombre de la Iglesia.

— ANIVERSARIOS IGNACIANOS TRES JESUITAS SANTOS —

Debemos ser capaces de escuchar todas las comunicaciones de Dios, tal como Él quiere comunicarse a nosotros, especialmente a través de Jesús y de los Evangelios. Necesitamos reservar tiempo para orar, para escuchar y dialogar con Dios, y así continuar nuestras ocupaciones diarias en su compañía. De igual modo debemos realmente comunicarnos con los que están más próximos a nosotros, — nuestras familias, nuestros amigos más cercanos, nuestra comunidad religiosa— lo que llamaríamos nuestro apoyo— en un verdadero intercambio. Y apoyados en la fuerza estos dos primeros círculos de comunicación, nosotros nos sentimos verdaderos ministros de Dios y de la Palabra de Dios, al comunicarnos con la gente que tratamos en nuestra vida ordinaria y en nuestro particular ministerio.

Una forma de entender hoy el don de Ignacio a nosotros, es ver a Dios, que se comunica siempre con nosotros y desea que participemos de su forma de comunicarse—un acto de amor en el sentido ignaciano de *comunicar y conversar*. Como en el caso de Ignacio, nuestras palabras y escritos quizás no sean de especial valor. Tenemos que recordar que, como líderes, cualesquiera que sean nuestras palabras y escritos, y nuestro lenguaje corporal, (como el lenguaje corporal de Jesús), deben de alguna forma ser medios de comunicar el amor de Dios a los hombres. Nuestra expresión gozosa y alegre, nuestra generosidad en el tiempo, nuestra paciencia, y actitud receptiva, son expresiones corporales que proceden de la gracia de Dios, de la manera cómo Dios se comunica con nosotros. Estamos agradecidos por poder formar parte de este sistema de comunicación, del que participamos a través de la espiritualidad de Ignacio. Tenemos que retomar una y otra vez a nuestra oración contemplativa ignaciana, porque es una manera privilegiada de escuchar la comunicación de Jesús. Penetrados de esa comunicación con Jesús, nosotros, cada uno a nuestra manera, participamos del liderazgo que Ignacio ejerció como parte de la espiritualidad que lleva su nombre.

***Francisco Javier y las Múltiples Tareas de Dios***

Cuando pensamos en San Francisco Javier, la imagen que recordamos es la de un hombre en movimiento. Javier, patrono de los misioneros, fue el primer jesuita que llevó el Evangelio a la India, especialmente al área de Goa, entonces en manos de Portugal. Pero Javier no dejó de mirar el horizonte, hacia las Islas Molucas, hacia Japón, y después

incluso hacia China. Ignacio le nombró Primer Provincial de la India. Poco después mencionó en una carta a Javier si no sería más conveniente que Javier, como Provincial, permaneciera en la India, atendiendo a la base de operaciones, y enviando a otros jesuitas a Japón y China, en lugar de emprender él mismo esa aventura misionera. Ignacio era amable y cortés con el mejor de sus amigos, y en su carta, según su manera de gobernar, añadió uno de sus principios: "eso, naturalmente, tu (Francisco) estás en esa región, y serás capaz de juzgar mejor lo que más conviene".

Creo que Ignacio quizás consideraba a Javier como el "escolar eterno". Permitan que explique este apelativo. En los Ejercicios Espirituales, en el ejercicio puente entre la Primera y la Segunda Semana que tiene por título "El Llamamiento del Rey Temporal ayuda a contemplar la Vida del Rey Eternal", Ignacio aduce un ejemplo—algunos comentaristas lo llaman una parábola—de un rey humano, elegido de mano de Dios Nuestro Señor, que llama a todos sus súbditos a una empresa noble, a trabajar juntos para vencer a sus enemigos. Para Ignacio, criado en una España, que había conocido este tipo de llamamiento de sus líderes para vencer a los musulmanes ocupantes de su tierra, la imagen se convertía en algo real. De igual modo en la experiencia de conversión, en Loyola, durante su convalecencia, Ignacio había transferido su leal servicio desde un rey humano al servicio de Dios, así, ahora en los ejercicios, describe la llamada de Cristo a todos sus seguidores. Jesús llama a todos y cada uno a "venir conmigo", a "trabajar conmigo". en orden a "seguirme y estar conmigo en la gloria". Ignacio pone énfasis en la palabra española "conmigo", para resaltar que es necesaria la iniciativa de Jesús en la llamada, en el trabajo y en el éxito, siempre "estando con" Jesús.

No hay duda de que este ejercicio de oración tiene como objetivo inspirar la mente, excitar al ideal e inflamar el corazón. De hecho, Ignacio parece haber conocido el tipo de fascinación que estas reflexiones podían suscitar. En tiempo de Ejercicios en lugar de esperar nuestro propio tiempo de coloquio, nuestra respuesta oracional, quiere que escuchemos y consideremos la respuesta de una persona de generoso y amplio corazón. Ignacio quiere que demos esa misma respuesta. En esta fase de los Ejercicios no pide que el ejercitante elabore su propia respuesta. Tenemos que seguir la Segunda, Tercera y Cuarta Semana con sus períodos de conocimiento y respuesta a Jesús, antes de que hagamos nuestras las palabras de una persona generosa. El ejercicio del llamamiento del Rey dirige nuestras miradas en la dirección acertada y nos sugiere la respuesta que debemos

dar. Para muchos jesuitas, es como si fuéramos novicios o escolares que estamos intentando ajustar nuestras vidas a la manera de vida del jesuita. .

Así como esta imagen de Jesús como Rey, llamando a su servicio, movió a Ignacio en los primeros días de su conversión, así el ejercicio de esta llamada de Cristo sigue entusiasmando a la juventud y suscitando los ideales que permanecen en nosotros. Nosotros en la Compañía de Jesús asociamos esa juventud y ese idealismo con nuestros años formativos de escolares en la Compañía de Jesús. Es el mismo tipo de juventud e idealismo que lleva a los jóvenes con tanta decisión al matrimonio. Detalles prácticos atemperan ese idealismo y nuestros sueños, pero esperemos que eso sea sin apagarlos del todo o anularlos. La misma vida de San Ignacio, narrada en su *Autobiografía* muestra esa moderación en su vida espiritual, sin pérdida de idealismo y sin dejar de soñar sus grandes sueños.

*Javier con toda certeza  
sentía que estaba siempre  
"trabajando con Cristo"*

Francisco Javier parece ser el compañero de Ignacio que personifica el espíritu joven y el idealismo del ejercicio del Llamamiento del Rey, y parece no conocer límites a su respuesta. En su prisa por ir

siempre a tierras nuevas para extender el Reinado, nos preguntamos con sorpresa si él sigue a Cristo, o va delante de Él. Quizás a esto apuntaba Ignacio al pedir a Francisco, en su carta un tanto admonitoria, que reflexionase.

Javier con toda certeza sentía que estaba siempre "trabajando con Cristo". De hecho ese "trabajar con Cristo" puede ser lo que se nos ocurre a veces que era el motor de su vida. Y es más, ese "trabajar con Cristo" es lo que le capacitaba para superar sus primeros fracasos personales, por ejemplo sus intentos de trabajar con los gobernantes japoneses. Cuando intentó entrar en la corte con su raída sotana, no le prestaron atención. Se dio cuenta que adoptar las costumbres y vestimenta del país—igual que Jesús adoptó las costumbres y vestidos de su país— era en verdad "trabajar con Jesús". Y con su Jesús como guía Javier podía desplegar su *imaginación* con los niños que se agolpaban a su alrededor, *audaz* ante los, a veces, dificultosos caracteres de su mismos paisanos en los viajes, y *esperanzado* sobre la bondad de la gente, tan extraña por sus costumbres y sus creencias.

Sobre todo, para nosotros hoy, Francisco Javier nos recuerda que estamos siempre trabajando con Dios. Dios toma la iniciativa al llamarnos,

y nosotros le seguimos. Dios es el que trabaja, el que está ocupado, y nosotros somos los que trabajamos con Dios y los que estamos ocupados—no ocupados en demasiadas cosas como Marta— sino *ocupados* con Dios. Como Javier, al contemplar a China desde la isla de Sancian, nosotros siempre dejamos algo sin terminar, especialmente al acercarnos al fin de nuestras vidas. Pero también como Javier, nosotros tenemos éxito, aunque las apariencias digan otra cosa, porque estamos "con Cristo resucitado". En Cristo creemos que se ha alcanzado la victoria, y que nosotros "estamos con Cristo".

Francisco Javier será siempre el hombre que sigue el Llamamiento del Rey. Javier estará siempre ocupado, pero ocupado con un Dios que trabaja. Y Javier estará siempre trabajando con su Dios ocupado. De Francisco Javier, pues, aprendemos cómo vivir nuestro ideal y nuestros sueños, pero sobre todo algo más importante, nos sentimos movidos a estar ocupados con nuestros sueños e ideales, siempre a la luz de trabajar con *nuestro Dios ocupado*.

#### ***Pedro Fabro y el Cristo Eucarístico***

Pedro Fabro fue el primer compañero en ser ordenado sacerdote. De hecho él celebró la Misa en la capilla de Montmartre, donde los primeros siete compañeros de París hicieron su promesa de ir a Tierra Santa. Aunque Pedro Fabro y Francisco Javier nacieron en el mismo mes y año, y por consiguiente tenían la misma edad, y compartieron habitación durante sus estudios en la Universidad de París, Fabro siempre parecía ser el mayor, más serio y maduro, de los dos. De alguna manera parecía que Fabro había "nacido ya mayor". Según el testimonio del mismo Fabro, era hombre que padecía escrúpulos, predispuesto a la melancolía, y que parecía ver el aspecto más serio de la vida.

Al mismo tiempo Fabro era quien, después de Ignacio, más atraía a los primeros compañeros. Al que escuchaban, cuya sabiduría y consejo aceptaban con prontitud. En verdad merecía el apelativo de *compañero*.

Fabro, según mi parecer, incorpora a sí mismo la relación con Dios, reflejada en la Tercera Semana de los Ejercicios. Él es quien conoce lo que significa "estar con", ser compasivo, incluso cuando se encuentra por primera vez con Ignacio, el estudiante mayor y luchador. Como primer sacerdote del grupo parisino, está relacionado con el Cristo Eucarístico. La Tercera

Semana de los Ejercicios comienza con la contemplación de lo sucedido en la Última Cena. San Ignacio apunta, o "da puntos", de una triple manera: 1) Jesús celebra la cena pascual con los apóstoles y les predice su muerte; 2) lava los pies de sus discípulos; 3) instituye el santísimo Sacrificio de la Eucaristía, el mayor signo de su amor. Este período de oración orienta y dirige los períodos de oración de la Tercera Semana. La riqueza de la tradición del Antiguo Testamento sobre la cena pascual era posiblemente conocida por Ignacio, debido a su cultura religiosa y a sus estudios en París. El convite pascual tiene sus raíces en el Éxodo de Egipto, y pone de relieve el cordero como alimento, la sangre salvadora en el dintel de la puerta (más tarde incluso en la frente), y el alimento para el camino. El lavado de los pies de los discípulos expresa una vida dedicada totalmente al servicio. La Eucaristía, como Ignacio la describe con toda fuerza, es el mayor signo del amor de Jesús. Notemos ahora que Ignacio ha descrito la Eucaristía como el signo mayor del amor de Jesús, incluso antes de entrar en la Pasión y Muerte de Jesús en la cruz. Para Ignacio la entrega total de Jesús en la Eucaristía es una realidad siempre presente, en la cual estamos invitados a participar. En su muerte en la cruz tenemos el acontecimiento real, pero con toda verdad el acto de la última cena significa este "supremo acto de amor". En otras palabras, la cruz recibe su interpretación y significado, de la realidad de la Eucaristía.

Pedro Fabro como primer sacerdote recibió el don de vivir esta gracia de la Tercera Semana de una forma que se destaca entre todos sus compañeros. Experimentó en su vida el carisma jesuita que encuentra en la Eucaristía el centro de su vida espiritual y de su vida de oración como jesuita. De la Eucaristía derivaba su fortaleza para ser "compañero" - alguien que hace partícipes del Pan de vida eterna- que hace de la Comunidad un solo cuerpo. Por la Eucaristía, identificada con Jesús que está en una disposición eterna a dar su vida a su Padre y a nosotros, sus hermanos y hermanas, Pedro estaba en disposición de dar su vida en su trabajo de reconciliar a los primeros reformadores luteranos. Fabro fue realmente el primer jesuita ecumenista, y lo fue por amor. Sus cartas e instrucciones lo muestran siempre como hombre de paz. Mantiene la verdad tal como la cree, pero está siempre dispuesto a dialogar con aquellos que la ven de otra manera. Es siempre lento para condenar, porque ¿quién puede ponerse en el lugar de Dios como juez?. Así como la Eucaristía expresa siempre gratitud, Fabro vive una vida de gratitud hacia Dios. Vive la Eucaristía.

*Por estar centrado en la Eucaristía, Pedro Fabro jesuita, es el verdadero ejemplo de compañero, uno que se da a sí mismo a sus hermanos, en ayuda y amistad.* Pedro Fabro es un hombre entregado al servicio de la Iglesia bajo el cuidado del Papa. Y así Pedro es el primero de los compañeros enviado a una misión por orden directa del Santo Padre, a varias reuniones y conferencias en diversos países, y uno de nuestros representantes escogidos para la primera sesión del Concilio de Trento. Pedro es el mejor de los directores de Ejercicios porque está del todo identificado con el Cristo Eucarístico porque discretamente escucha tan atentamente, y sirve de guía, con la luminosidad de un ángel. Pedro no tiene programa propio de vida; sólo conoce a Cristo crucificado, y esa es la vida que él vive y predica. Como Jesús, Pedro, de forma más clara que en el caso de Javier, es un enviado y es precisamente en el camino de una misión cuando entrega su vida, como lo hizo Jesús, a una edad relativamente temprana (Pedro tenía cuarenta años cuando murió en Roma, antes de que pudiera ir a Trento).

Aunque Pedro es el primer sacerdote de los jesuitas, sigue siendo un modelo para todos los jesuitas-ordenados o no -, y para todos aquellos que siguen la espiritualidad ignaciana, en nuestra búsqueda de una relación más íntima con el Cristo Eucarístico. La Eucaristía debe seguir siendo la celebración central del día para todos aquellos que se llamen a sí mismos Compañeros de Cristo. El Cristo Eucarístico es el centro de la vida comunitaria y de la vida parroquial, el centro de la oración personal y comunitaria, y el centro que da vigor a la actividad misionera. Para los jesuitas es "su" misión diaria, la raíz de su obediencia en la "misión". La eucaristía expresa la realidad de nuestra actitud espiritual: personas que muestran su agradecimiento a Dios en todo nuestro modo de proceder.

#### ***Reflexiones como Resumen***

En este año, escogido para los aniversarios ignacianos, podemos renovar nuestra estima por estos tres de nuestros miembros fundadores, que dieron su propia luz especial al carisma ignaciano y abrieron nuevas perspectivas a nuestra manera de vivir la espiritualidad ignaciana y jesuita.

Ignacio de Loyola, fundador y líder de la incipiente Compañía de Jesús, nos muestra que el camino de una corriente evangelizadora es el de la comunicación. Ignacio nos facilita esa comunicación al darnos como llave importante su manera de contemplar el Evangelio. Y da nuevos horizontes

— ANIVERSARIOS IGNACIANOS TRES JESUITAS SANTOS —

a la comunicación, a través de su uso de la palabra española *comunicar*, para estar seguro de que comprendemos lo que significa amar—que en su misma esencia y en sus dones y acciones es intentar comunicarse. Además, Ignacio usa la palabra española *conversar*, de una forma peculiar suya, para describir la plenitud de nuestra relación con Dios, con nuestra comunidad y colaboradores, y con todos aquellos que Dios pone a nuestro alcance. Nos gozamos en nuestra responsabilidad de comunicadores porque hacemos realidad el que somos creados a la imagen y semejanza de Dios Comunicador.

Francisco Javier, uno de los grandes misioneros de la Iglesia Occidental, nos muestra la importancia de hacer realidad en la vida los sueños e ideales propios—siempre moldeados por nuestro trabajo con Cristo. Ser llamados por Cristo, enviados por Cristo, trabajando por Cristo, gozando con Cristo, es un resumen de la actividad en la vida de Javier. Con Javier vivimos nuestros ideales y sueños, pero también estamos ocupados con un Cristo ocupado—con Jesús que identifica a su Padre como trabajador, como Alguien que está ocupado en las cosas del Reino.

Pedro Fabro, el primer sacerdote, el compañero tranquilo, pone de relieve para nosotros que el Cristo Eucarístico es esencial para vivir una espiritualidad ignaciana. Podemos sentirnos tentados a decir que Fabro representa la vida ardua y penosa. Fabro no negaría que la dificultad y el sufrimiento son parte propia del camino de la vida de cada hombre, como lo fue del Cristo Crucificado. Pero nosotros tenemos presente la generosidad del amor, la vida del que ama y se entrega a Cristo, en su deseo de reflejar, como en un espejo, a Cristo Eucarístico. . Nos convertimos en lo que nos alimenta cada día. Fabro nos muestra que la relación con el Cristo Eucarístico es el fundamento de todos nuestros ministerios—dirección espiritual, predicación, diálogo, cuidado pastoral, etc... Para nosotros Fabro nos dirige al centro de la espiritualidad ignaciana—nuestra relación con el Cristo Eucarístico. Vivir la eucaristía es vivir cada día en acción de gracias a Dios.

Celebramos este año a estos tres jesuitas santos—modelos, intercesores, y hermanos (de forma especial como jesuitas). Cada uno de ellos pone de relieve para nosotros la integración de nuestra relación con Dios al vivir nuestra espiritualidad ignaciana. Celebremos y ayudemos a nuestras hermanas y hermanos en la Iglesia, y fuera de la Iglesia, a sentirse inspirados y gozosos con nosotros en estas celebraciones.

Traducción Fco. de Solís, S.J.